

lado y distante de todo otro pueblo, su vida sigue siendo la misma que conocieron mis abuelos; y será, posiblemente, la que mis nietos vivirán.

De madrugada, las mujeres trepan a los cerros en busca de leña; durante el día, no se escucha otra voz que la del mar; y, de vez en cuando, la campana de la iglesia toca sin que nadie sepa para qué. Ya cuando la noche avanza y la luna es grande, los hombres descuelgan las redes tendidas en la playa y se pierden en el límite del mar.

Las casas apagan sus lámparas; y un perro, en la distancia lanza un aullido que va rodando de cerro en cerro.

Sin embargo, en la más humilde casa del pueblo, una lámpara permanece encendida unas horas más. .

Desde aquí os envío estos poemas. Si algunos llevan el rostro un poco fatigado, no culpéis al ambiente que los rodeó.

Os aseguro que era hermoso.

Aunque la evolución de este poeta es cosa evidente, no se resigna todavía a dejar de mano sus antiguas teorías poéticas y reincide más de una vez, en los viejos pecados de la oscuridad, y la falta de emoción. Pero hay estrofas, como estas que copiamos, en que se afirma, su nueva modalidad:

Sólo de tocarlo
con sus manos blancas,
el alba
abrió los ojos
del paisaje ciego.

Trémula visión de la Samaritana,
una campesina
vuelve de la noria
trayendo en sus brazos
un cántaro de agua.

Luego,
con su túnica blanca

y la humilde sandalia,
yo oí decir al alba
su divino sermón, en la montaña.

Seguiremos esperando, confiados,
en no sufrir un desengaño, la obra
que nos dará mañana.

ESTALACTITAS.—*Dinka Ilic.*

Versos de mujer, y de mujer que comienza las luchas literarias. ¿Quién será capaz de juzgar severamente a una mujer que ama, aunque diga en versos defectuosos su amor de juventud?

Pensamos que a todo libro inicial sólo debe pedirse el signo prometedor, la palabra que augure. Y leyendo estas «Estalactitas» (1) de Dinka Ilic, hemos hallado estos versos, que son suficientes para salvar todo su libro:

Y vi su partida
sin decirle nada.
Dejé que el camino
con su cinta blanca
se apretara fuerte
cual venda a su alma.

Al citar estos versos no hacemos una profecía. Pero son la única flor de un libro que no entusiasma.

POETAS DE PORTUGAL.—*Arthur Vieira.* (2)

Conferencia dictada en la Universidad de Chile hace once años; este trabajo de Vieira se imprime

(1) Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1932.

(2) Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1932.

sólo ahora, gracias a la generosidad del Dr. Ferreira d'Almeida, Ministro del Portugal en Chile.

En algún número anterior de ATENEA comentamos ya «Poetisas de Portugal», libro en que Vieira estudia con verdadero espíritu crítico la lírica femenina de su patria.

Este folleto que acaba de aparecer tiene sólo un carácter de divulgación: su autor se limita a trazar en breves páginas la historia poética de su patria, y no puede, por lo tanto, pedirse a una obra de tal naturaleza lo que ahora se exige a los «panoramas» tan en boga.

Entre los romances más antiguos que se escribieran en lengua portuguesa, transcribe «La nave catrineta» de autor anónimo, y que no conocíamos. Tiene la sencilla emoción de los cantos medioevales, y es magnífica su versión, en castellano.

Camoens, Juan de Lemos, Guerra Junqueiro, y algunos más, aparecen en esta conferencia de Arthur Vieira sin grandes relieves, y con escasos datos sobre su vida. Conocidos en las letras universales, las citas que de ellos se hacen en este trabajo, confirman el simple carácter de divulgación que el autor ha querido dar a su obra, suprimiendo casi totalmente juicios críticos y biográficos.

Es interesante la labor que Vieira ha desarrollado entre nosotros, difundiendo la literatura portuguesa, que tiene valores tan efectivos y acaso no apreciados por la escasez de traducciones. Es una nobilísima tarea que ningún chileno ha realizado en tierra extraña con la literatura chilena.—P. S.

EL PROFETA, por *Gibrán Jalil Gibrán*.

No era un desconocido para nosotros Gibrán Jalil Gibrán. Hace ya algunos años, gracias a García Monge, supimos de la existencia de este poeta árabe que residía en Estados Unidos, y nos recreamos con la lectura de «El loco». Y ahora, en una hermosa edición, pulcramente traducido por Moisés Mussa, podemos nuevamente saturarnos de la más pura poesía al leer «El Profeta» (1). El hecho de que sea Mussa el traductor de este libro es una garantía de la fidelidad de la versión castellana, pues Mussa conoce el inglés y el árabe, lenguas en las cuales escribía indistintivamente Gibrán Jalil Gibrán, y maneja, además, nuestro idioma con facilidad y corrección.

En un prólogo discreto en el elogio, Mussa nos presenta la personalidad multiforme de Gibrán Jalil Gibrán, en quien, como en un personaje renacentista, se hermanaban el pensamiento y la acción, en un deseo de reivindicar su raza. Y a pesar de que su savia poética está vivificada de la vitalidad de sus tierras calientes, no deja de advertirse en su obra la influencia de la quietud azul del mar Latino.

Está la edición ilustrada con dibujos del propio Gibrán Jalil Gibrán, que simbolizan las palabras proféticas del Poeta... Porque el Poeta, requerido por los ciudadanos de Orphalis, ha de hablar por boca de Almustafá. Y no obstante

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1932.